

EL CORAZÓN DE DURANDARTE: ENTRE PLATÓN Y LOPE DE VEGA (*DON QUIJOTE DE LA MANCHA II*, 23)*

LUIS GÓMEZ CANSECO

Universidad de Huelva

Resumen: El tamaño y la pilosidad del corazón de los héroes, cuyas fuentes se remontan a la literatura griega, se convirtió en motivo de erudición y polémica en la disputa mantenida entre Cervantes, Lope de Vega y el fingido Alonso Fernández de Avellaneda.

Palabras clave: corazón; pilosidad; Cervantes; Lope de Vega; Avellaneda.

Abstract: The size and hairiness of a hero's heart –whose sources date back to Greek literature– became a subject of erudite controversy in the literary conflict between Cervantes, Lope de Vega and Alonso Fernández de Avellaneda.

Keywords: heart; hairiness; Cervantes; Lope de Vega; Avellaneda.

La singular memoria –o imaginación– con que Cervantes adornó a su don Quijote es la razón de que, en el relato de su descenso a las maravillosas y nunca vistas profundidades de la cueva de Montesinos, vaya encajando detalles físicos y aun carnales de sus habitantes que difícilmente encajan en el idealizado mundo caballeresco que pretende trazar para solaz del primo humanista y de su escudero, Sancho. A Montesinos le pinta con una «barba canísima» y una «anchísima presencia»; lo de Belerma no tiene desperdicio, pues «era cejijunta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos» y, por si fuera poco, trae a colación su menstruación ausente; de los encantados, recuerda en

* Este trabajo se enmarca en los proyectos de investigación MINECO FFI2012-32383 y PAIDI HUM-7875.

en último término a las letras clásicas. De la primera de ellas se hace ya eco Platón, en cuyo diálogo *Teeteto* Sócrates apunta la posible existencia de corazones con pelo: «Hay veces que el corazón es velludo, cosa que ensalzó la gran sabiduría del poeta, otras veces su cera es sucia e impura y en otras ocasiones es blanda o dura en exceso. Cuando se trata de personas cuya cera es blanda, aprenden con facilidad, pero se hacen olvidadizas, y en el caso de aquellos cuya cera es dura ocurre lo contrario. Los que poseen un corazón velludo y áspero, como si fuera pétreo, lleno de tierra mezclada con suciedad, tienen impresiones poco nítidas»; a lo que su interlocutor Teeteto repone: «Tu descripción de estos hombres es muy acertada, Sócrates»². Se plasma así la creencia de que el corazón tiene una correspondencia en el carácter de sus propietarios. En ello insiste Aristóteles, a quien debemos el resumen de la segunda tradición que terminará por confluir en el corazón del Durandarte cervantino. Resulta que el estagirita, con todo su buen sentido a cuestas, concluye, en las *Partes de los animales*, que las bestias más valientes tenían el corazón más pequeño y viceversa:

Las diferencias del corazón en lo que respecta a mayor o menor tamaño y a su dureza o blandura se extienden también, en cierto modo, al temperamento. En efecto, los animales carentes de sensibilidad tienen el corazón duro y denso, mientras que los dotados de sensibilidad lo tienen más blando. Y los que tienen un corazón grande son miedosos, en cambio, los que lo tienen más pequeño o mediano son más valientes, pues en aquéllos el estado que sobreviene a causa del miedo preexiste por no tener calor acorde con el tamaño del corazón, ya que, al ser escaso, se difumina en un órgano grande y la sangre es más fría. Tienen el corazón grande la liebre, el ciervo, el ratón, la hiena, el asno, el leopardo, la comadreja y casi todos los otros que son claramente miedosos o dañinos a causa del miedo³.

La idea hubo de asentarse en las creencias del mundo antiguo, pues Plinio, ateniéndose a la doctrina aristotélica, volvió sobre el asunto en su *Historia natural*, asegurando que las particularidades físicas del corazón determinaban el temperamento: «Los animales carentes de sensibilidad tienen el corazón duro y denso, mientras que los dotados de sensibilidad lo tienen más blando. Y los que tienen un corazón grande son miedosos, en cambio, los que lo tienen más pequeño o mediano son más valientes, pues en aquéllos el estado que

2. Platón, 1980: fr. 194e-195a.

3. Aristóteles, 2000: III, 4, 667a.

general que no «tienen excrementos mayores –acaso sí menores–, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos»; y la compañera de Dulcinea, aún encantada, hace para despedirse «una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire».

No queda ahí la cosa, ya que el venerable Montesinos, en su labor gufa subterráneo, conduce a don Quijote ante «un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi a un caballero tendido de largo a largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos». El observador manchego apunta entonces: «Tenía la mano derecha (que a mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón». Cuenta el romancero castellano que el caballero francés Durandarte, al punto de morir tras la derrota de Roncesvalles, solicitó de su primo Montesinos que le arrancara el corazón para presentarlo en París a su amada Belerma como prueba postrera de su amor. El propio Montesinos cervantino detalla los pormenores del escabroso asunto: «Lo que a mí me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño». El difunto Durandarte larga entonces un suspiro y una ristra de versos de un romance que protagonizaba él mismo, a lo que el viejo barbado repone sin dudarle:

Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoo primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes a lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas. Y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado a la presencia de la señora Belerma¹.

En esa imagen de Durandarte con una mano hirsuta puesta sobre un corazón de dos libras de peso se mezclan –burlesca y, a lo que creo, intencionadamente– dos tradiciones diversas, aunque complementarias, que remiten

1. Cervantes, 1993: 736-743.

los escritores de la época. En Plinio pensaba probablemente fray Toribio de Benavente, Motolinía, cuando, hacia 1536, describía a los indios americanos como «muy extraños de nuestra condición, porque los españoles tenemos un corazón grande y vivo como fuego, y estos indios y todas las animalias de esta tierra naturalmente son mansos»⁷. Casi al tiempo, en 1540, Pedro Mexía se hizo eco de las singularísimas virtudes del corazón de Aristómenes, asegurando que «acaesce alguna vez tener el hombre el corazón velloso y que, el que assí lo tuviere, será muy valiente y esforçado; y aver sido esto provado y conocido por experiencia en un hombre llamado Aristómeno, que en las guerras y batallas avía muerto por sus manos trezientos lacedemonios. Y, después de aver escapado muchas vezes, al fin fue muerto; y, mandado abrir, le fue hallado el corazón velloso, con cerdas o cabellos»⁸. Por su parte, Juan de Arce de Otárola tradujo a la letra a Plinio —claro está, sin citarlo— en sus *Coloquios de Palatino y Pinciano*, compuestos hacia 1550:

PINCIANO. Los hombres y aun los animales de mayor corazón son los de menor corazón y esfuerzo y los más medrosos y cobardes; y al revés, los de menor corazón son los más animosos y osados. La causa dice Aristóteles que es porque los corazones grandes tienen menos calor del que han menester para su grandeza, porque así como un brasero y fuego calienta más un chico aposento que un grande, así el calor natural calienta más un pequeño corazón que un grande. Y cuanto más tiene de calor, tiene menos de esfuerzo y ánimo; y por el contrario, cuanto mayor es el corazón, se calienta menos, y cuanto menos calor hay, está la sangre más fría y el corazón más medroso y cobarde. Y así se halla que las liebres y ratones y los ciervos y los asnos tienen muy grandes corazones.

PALATINO. A esa cuenta, yo muy chico corazón debo tener, según soy animoso.

PINCIANO. Créolo, y aun debeisle tener áspero y velloso, como Aristómenes mesenio, que mató de una vez trecientos lacedemonios; y otra vez que fue preso, estando durmiendo las guardas, se llegó al fuego y quemó las ataduras en que estaba atado y parte del cuerpo con ellas, y se escapó. Y la tercera vez que le tomaron los lacedemonios le abrieron por los pechos para ver en qué consistía tan gran fuerza y fortaleza como había tenido, y dicen que le hallaron el corazón velloso y áspero, que en latín llaman hirsuto.

PALATINO. Bien leído estáis en esto de corazones⁹.

En 1589, fray Juan de Pineda llevó el asunto a nuevos territorios, ya más cercanos a Cervantes. En sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*,

7. Benavente, 1979: 256.

8. Mexía, 1989-1990: 224-225.

9. Arce de Otárola, 1995: 1140-1341.

sobreviene a causa del miedo preexiste por no tener calor acorde con el tamaño del corazón, ya que, al ser escaso, se difumina en un órgano grande y la sangre es más fría. Tienen el corazón grande la liebre, el ciervo, el ratón, la hiena, el asno, el leopardo, la comadreja y casi todos los otros que son claramente miedosos o dañinos a causa del miedo»⁴. Y tras hablar de las creencias de los egipcios respecto al tamaño del corazón humano, de inmediato da un paso más allá conectando la cuestión del tamaño del corazón con la pilosidad que se podía encontrar en algunos corazones humanos. Lo viene a ejemplificar con el caso del mesenio Aristómenes:

Se dice que algunos hombres nacen con el corazón erizado de cerdas y que no los hay más valientes e ingeniosos, como Aristómenes de Mesenia, que mató a trescientos lacedemonios. Herido y capturado por primera vez, se escapó de un precipicio a través de una angostura en las paredes rocosas, siguiendo un pasadizo que usaban los zorros. Capturado por segunda vez, mientras dormían sus guardianes se acercó rodando al fuego y quemó sus ataduras junto con su cuerpo. Capturado por tercera vez, los lacedemonios le abrieron el pecho aún vivo y se le encontró un corazón velludo⁵.

Tan estupendo ejemplo no le pasó desapercibido a Valerio Máximo, que lo incluyó entre sus *Dicta et facta memoriabilia*: «Más admirable, sin embargo, que los ojos de este hombre fue el corazón del mesenio Aristómenes. Los atenienses admirados de su extremada audacia, se lo extrajeron y lo hallaron cubierto de pelos. El caso era que había sido encarcelado varias veces y siempre, por astucia, había logrado huir de la cárcel»⁶.

A la enorme difusión de Plinio y de Valerio Máximo en el Renacimiento contribuyeron decisivamente las numerosas ediciones de sus obras y las tempranas traducciones que se hicieron al vulgar, que convirtieron la *Historia natural* y los *Hechos y dichos memorables* en prontuarios transitadísimos por

4. «Bruta existimantur animalium quibus durum riget, audacia quibus parvum est, pavidam quibus praegrande, maximum autem est portione muribus, lepori, asino, cervo, pantherae, mustelis, hyaenis et omnibus timidis aut propter metum maleficis» (Plinio, 2003: libro xi, 70, 183).
5. «Hirto corde gigni quosdam homines proditur neque alios fortioris esse industriae, sicut Aristomenes Messenium, qui trecentos occidit Lacedaemonios. Ipse convolveratus captus semel per cavernam lautumiarum evasit angustias, vulpium aditus secutus. Iterum captus sopitis custodibus somno ad ignem advolutus lora cum corpore exussit. Tertium capto Lacedaemonii pectus dissequare viventi, hirsutumque cor repertum est» (Plinio, 2003: libro xi, 70, 184-185).
6. «Oculis eius admirabilis Aristomenis Messeni cor, quod Athenienses ob eximiam calliditatem exectum pilis refertum inuenerunt, cum eum aliquotiens captum et astutia elapsum cepissent» (Valerio Máximo, 1998: I, 8, 15 ext).

librándose por dos veces, a la tercera le mataron, y por curiosidad le abrieron el pecho, en que había residido ánimo tan valeroso, y le hallaron el corazón hirsuto y cubierto de vello»¹³.

El muy erudito Diego López estampó su *Declaración magistral sobre las emblemas de Andrés Alciato* en 1615; y aunque emblema XXXIII representaba la tumba de Aristómenes con un águila como *Signa fortium*, sin acordarse de su corazón, él tuvo bien añadir la noticia, cruzando las fuentes de Plinio y Valerio Máximo: «Muchas vezes engañó los enemigos huyendo de las carceles, donde le tenían cautivo, y presso. Pero en fin fue muerto dellos, los quales le sacaron el corazón; y dize Valerio Máximo, en el lib. 1. cap. 8. que lo hallaron lleno de pelos, los quales significan su fortaleza, y industria, porque dize Plinio en el lib. 11. cap. 37: *Hirto corde gigni quosdam homines proditur, neque alios fortioris esse industria, sicut Aristomenen Messenium, qui trecentos occidit Lacedaemonios*»¹⁴. Y todavía Francisco Cascales, en 1621, llegó a ilustrar sus *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia* con los pelos de Aristómenes:

El fuego tiene su asiento en el corazón y, como este tiene tanta parte de fuego, de ahí le viene ser símbolo del ánimo y ser fuertes y animosos los que llamamos de gran corazón, no porque son más animosos los que tienen grande corazón, antes siente lo contrario Plinio, el cual dice, que los osados tienen pequeño corazón y los cobardes muy grande, porque el calor está recogido más en el pequeño y así tiene más valor y fuerza. Otros dicen que el corazón suele ser peloso en los hombres valientes, como se dice que le tuvo Hermógenes y Leónidas, según Plutarco en los *Paralelos*, y Aristómenes Mesenio, según Valerio Máximo. Pero los filósofos doctos ríen mucho de esto y lo tienen por fabuloso. También Homero dice de un valiente varón griego que tenía pelos en el corazón, pero Eustacio, su intérprete, declaró que quiso decir Homero de él que era astuto y prudente¹⁵.

Pero esta peculiar pelambreira del héroe griego y sus consecuencias anímicas no fueron solo asunto para la erudición en la literatura áurea, sino que alcanzaron a los libros de ficción. Un autor tan aficionado a los alardes de humanidades como fue Félix Lope de Vega y Carpio, insistía desde *El peregrino en su patria*, de 1605, en la noticia del tamaño del corazón, remitiendo a sus lectores al mismísimo autor primero del aserto: «pero en su gran corazón cupieran

13. En el *Suplemento al Tesoro* se añade alguna observación más al tratar del personaje: «a la tercera no le dieron lugar a escaparse, porque le mataron, y abriéndole el pecho le hallaron el corazón lleno de vello, señal de ánimo fuerte y valeroso».

14. López, 1615: f. 118v.

15. López, 1615: 446.

se afirma, conforme a la tradición aristotélica, que «el corazón debe ser pequeño para ser animoso por que tenga más recogido el calor y más ferviente por proceder la valentía del tal calor, que se desvanece si el corazón es grande respecto del cuerpo, y lo dice Plinio»; pero el franciscano añade de inmediato una observación que vincula la pilosidad al valor, pero también a una llamativa falta de inteligencia: «el buen entendimiento quiere sangre fría, sino que es en el cerebro, y el vello procede del calor del corazón; y como por los efectos se descubra la causa, por los pelos en abundancia se saca la poca inteligencia, y como el erróneo común lenguaje aplique al corazón la ignorancia también como la inteligencia (según que las formas contrarias se hallan en un mismo *subjecto alternatim*) en viendo al hombre muy nescio decimos que tiene pelos en el corazón, y ansí no es directa la contradicción; y algunos días han pasado después que se trató entre nosotros cuán raros sean los muy ingeniosos y juntamente muy valientes»¹⁰. Más adelante volvería a insistir en ello, refiriendo incluso casos que repetan el prodigio en el mundo contemporáneo:

FILÓTIMO. Del gran calor del corazón vienen también a ser los hombres lujuriosos y vellosos, y de algunos, que andan afamados por valentísimos, y fueron sus cuerpos abiertos, se escribe haber tenido los corazones vellosos, cuales fueron Aristómenes Mesenio y Leónidas Lacedemonio y Lisandro y el retórico Hermógenes y el perro del grande Alejandro y el otro ladrón de quien lo escribe el médico Benivenio y el andaluz Zumaquero.

PÁNFILO. Haber tenido esos pelos en el corazón, ¿esles tenido a bien o a mal?

FILÓTIMO. A gran bien de valentía¹¹.

El *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum* de Alonso de Villegas, salido en 1594, echa mano de la erudición para repetir sin más el caso del héroe griego: «Afirman assí mismo, Plinio, libro onze, capítulo treinta y siete, ya dicho, Valerio Máximo, libro primero, capítulo octavo, y Estobeo, en el sermón séptimo, que fue abierto Aristómenes luego que murió, y que le hallaron el corazón lleno de bello. Lo cual también dize Plutarco, en los *Paralelos*, de Leónidas, rey de Lacedemonia»¹². Incluso Sebastián de Covarrubias llegó a recoger la noticia en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, de 1611: «Aristómenes, insigne capitán de los mesenios, con cuyo valor y esfuerço vencieron muchas vezes a los lacedemonios; de los quales, aviendo sido preso y

10. Pineda, 1963-1964: 316.

11. Pineda, 1963-1964: 237.

12. Villegas, 1998: f. 176v.

Es en ese contexto, el de Lope, Avellaneda y los navajazos que se cruzaron con Cervantes, donde cabe leer el pasaje del *Quijote* en que se describe el corazón de Durandarte. La tirria que Cervantes manifestó hacia a Lope en los últimos años de su vida, multiplicada con la aparición del libro de Avellaneda, pudo ser la causa de que entrara en este asunto de Aristóteles, Plinio, el tamaño del corazón y la pilosidad, que muy probablemente le traía al fresco, sino fuera porque encontró ocasión para hacer un chascarrillo a costa del contrario. El *Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* fue el cauce para responder a un tiempo a Lope, a Avellaneda y a sus alardes compartidos de erudición. Siempre entre burlas, alterando las fuentes y jugando al despiste, Cervantes pintó la mano de Durandarte «algo peluda y nervosa», lo cual interpreta don Quijote como «señal de tener muchas fuerzas su dueño». Muy probablemente estaría aludiendo a la vellosidad del campeón mesenio y acaso tenía la mente puesta en aquello que anotó Juan de Pineda como dicho común en la época: «cuán raros sean los muy ingeniosos y juntamente muy valientes», para venir a llamar tonto a Durandarte. Pero es que, de inmediato, Montesinos se detiene a sopesar el corazón de su primo muerto, que tasa en dos libras, para apuntar de nuevo al blanco del valor: «porque, según los naturales, el que tiene mayor el corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño»¹⁹. Más que de sobra sabría Cervantes que Aristóteles y Plinio habían asegurado exactamente lo contrario, pero el desmentido burlesco, más que al griego y al romano, tiraba contra los alardes de erudición del sabihondo Lope y, de paso, contra las gracias de su esbirro Avellaneda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARCE DE OTÁROLA, Juan de (1995): *Coloquios de Palatino y Pinciano*, José Luis Ocassar Ariza (ed.), Biblioteca Castro-Turner, Madrid, 2 vols.
- ARISTÓTELES (2000): *Partes de los animales. Marcha de los animales. Movimiento de los animales*, Elvira Jiménez Sánchez-Escariche y Almudena Alonso Miguel (trans.), Gredos, Madrid.
- BENAVENTE, fray Toribio de (1970): *Historia de los Indios de la Nueva España*, en *Memoriales e Historia de los Indios de la Nueva España* [BAE 240] Fidel Lejarza (ed.), Atlas, Madrid.

19. Cervantes, 1993: 712.

mayores penas, digo grande, respecto del ánimo, pues Aristóteles a los que le tienen pequeño llama atrevidos y a los animales de grande corazón tiene por temerosos»¹⁶. Todavía en *La Dorotea*, que no vio la luz hasta 1632, vuelve a reaparecer el asunto cuando Felipa pregunta: «¿Tan gran corazón tiene este caballero?», y Julio le da por respuesta: «No, porque es muy valiente, y los que lo son tienen el corazón pequeño, como se ve en los leones, que le tienen menor que los demás animales». Luego serán Dorotea y su criada Celia las que, tratado de la fuerza y el valor, terminen acordándose del corazón velludo del mesenio:

DOROTEA. Pues yo he pensado que Hércules no hizo más desquijarando el león Nemeo a toda aquella tierra formidoloso, ni Sansón en romper las cuerdas con que estaba atado, o en derribar a brazos de aquel famoso templo las dóricas columnas, que entre basas de pórfido y capiteles de bronce pensaban competir con la eternidad de los celestes polos.

CELIA. De una puñada he leído yo que derribó Milón un toro.

DOROTEA. Más hice yo en romper este naípe. Al león de Lisímaco saqué la lengua; muerta me ha de hallar el corazón de Aristómenes¹⁷.

Queda todavía el concurso de un embozado Alonso Fernández de Avellaneda, que no andaba lejos en gustos e intereses de su amigo y siempre defendido Lope de Vega. Es en el capítulo IV de su *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, impreso en 1614, cuando el don Quijote apócrifo atribuye a Alejandro Magno la posesión de un corazón peludo, para asegurar que el suyo no se diferenciaría del otro ni en un pelo:

Juro, por el orden de caballería que recibí, que solo por eso que has dicho, y por que entiendas que no puede caber temor alguno en mi corazón, estoy por volver al lugar y desafiar a singular batalla, no solamente al cura, sino a cuantos curas, vicarios, sacristanes, canónigos, arcedianos, deanes, chantres, racioneros y beneficiados tiene toda la Iglesia romana, griega y latina, y a todos cuantos barberos, médicos, cirujanos y albéiteres militan debajo de la bandera de Esculapio, Galeno, Hipócrates y Avicena ¿Es posible, Sancho, que en tan poca opinión estoy acerca de ti y que nunca has echado de ver el valor de mi persona, las invencibles fuerzas de mi brazo, la inaudita ligereza de mis pies y el vigor intrínseco de mi ánimo? Osaría apostar (y esto es sin duda) que si me abriesen por medio y sacasen el corazón, que le hallarían como aquel de Alejandro Magno, de quien se dice que le tenía lleno de vello, señal evidentísima de su gran virtud y fortaleza¹⁸.

16. Vega, 1973: 237.

17. Vega, 1996: 335 y 449.

18. Fernández de Avellaneda, 2000: 258.

- CASCALES, Francisco (1775): *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*, Francisco Benedito, Murcia.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1993): *Don Quijote de la Mancha*, en *Obra completa. II*, Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas (eds.), Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares.
- COVARRUBIAS, Sebastián de (2006): *Tesoro de la lengua castellana o española*, Ignacio Arellano y Rafael Zafra (eds.), Universidad de Navarra – Iberoamericana – Real Academia Española – Vervuert, Pamplona – Madrid – Frankfurt [CD-ROM].
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso (2000): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Luis Gómez Canseco (ed.), Biblioteca Nueva, Madrid.
- LÓPEZ, Diego (1615): *Declaración magistral sobre las emblemas de Andrés Alciato*, Juan de Mongastón, Nájera.
- MEXÍA, Pedro (1989-1990): *Silva de varia lección*, Antonio Castro (ed.), Cátedra, Madrid.
- PINEDA, Juan de (1963-1964): *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* [BAE, 161, 162, 163, 169 y 170], Juan Meseguer Fernández (ed.), Atlas, Madrid, 5 vols.
- PLATÓN (1988): *Diálogos. v. Parménides. Político. Teeteto. Sofista*, M^a Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero (trads.), Gredos, Madrid.
- PLINIO (2002): *Historia natural*, Josefa Cantó (trad.), Cátedra, Madrid.
- PLINIO (2003): *Histoire Naturelle. Livre XI*, Alfred Ernout y Roger Pépin (texte établi, traduit et commenté), Les Belles Lettres, Paris.
- VALERIO MÁXIMO (1998): *Facta et dicta memorabilia*, John Briscoe (ed.), B.G. Teubner, Stuttgart – Leipzig.
- VALERIO MÁXIMO (1988): *Hechos y dichos memorables*, Fernando Martín Acera (ed.), Akal, Barcelona.
- VEGA, Félix Lope de (1973): *El peregrino en su patria*, Juan B. Avallé Arce (ed.), Castalia, Madrid.
- VEGA, Félix Lope de (1996): *La Dorotea*, José Manuel Blecua (ed.), Cátedra, Madrid.
- VILLEGAS, Alonso de (1998): *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum*, José Aragués Aldaz y Josep Lluís Canet (eds.), *Lemir*, 2, <<http://parnaseo.uv.es/lemir/Textos/Flos/Index1.html>> [24.12.2013].